

Opinión

Las guerras no se ganan con evacuaciones



Luis Sánchez-Merlo

Culminada la evacuación de las tropas norteamericanas y aliadas, que pone fin a la ocupación de Afganistán 20 años después, vienen al caso las palabras de Winston Churchill tras el épico rescate de los soldados británicos en las playas de Dunkerque.

Después de calificarlo como un desastre militar de colosal magnitud, se dirigió a sus compatriotas con un discurso en el Parlamento en el que dejó dicho: “Hemos de procurar no tratar este rescate como si fuera una victoria. Las guerras no se ganan con evacuaciones. Nunca nos rendiremos”.

El mundo ha estado pendiente de una escenografía cinematográfica en el plato de un aeropuerto lejano, escenario de la frenética estampida de los afortunados que han logrado subirse a un avión, huyendo del infierno afgano, tras el derrumbe del gobierno y el ejército en diez días. No lo han logrado todos los que proporcionaron, durante ese tiempo, apoyo a las fuerzas e iniciativas occidentales (traductores, intérpretes... y familias), ahora en peligro al estar marcados por los talibanes por su colaboración con los invasores.

Tras irrumpir en el perímetro del aeropuerto de Kabul, un terrorista suicida consiguió una victoria táctica contra el Ejército más caro y poderoso del mundo, causando cientos de heridos y muertos, y augurando, abruptamente, el final del éxodo consentido por los talibanes.

El presidente de EEUU, Joe Biden, que no oculta su aversión a dar explicaciones a la prensa, compareció –sombrio pero decidido– jurando venganza: “No perdonaremos, no olvidaremos. Os cazaremos y os haremos pagar”. La advertencia presidencial, que no tardó en materializarse, parecía dirigida a los operadores de drones de la CIA.

La deserción de Bagram

Realmente, la retirada de las tropas ocupantes había comenzado en la noche del jueves 1 de julio, con el sigiloso abandono –sin previo aviso a los afganos– de la estratégica base aérea utilizada por los estadounidenses en la guerra contra los talibanes. Este desistimiento, incomprensible y sin pestañeo, envió a unos y a otros un claro mensaje: no sólo abandonaban la base aérea, sino también a las tropas afganas. Al cortar la electricidad y no revelar la hora exacta de la dejación del fortín, se hacía patente la desconfianza en los mandos, al tiempo que se dejaba en la estacada a las tropas afganas.

La respuesta no se hizo esperar. Cuando el comandante afgano descubrió que las tropas estadounidenses se habían marchado horas antes, la base ya había sido saqueada.

Los mandos norteamericanos tenían previsto que Bagram fuera utilizada por las fuerzas de seguridad locales, que iban a encargarse de retomar la lucha contra los talibanes. Pero la evasión acentuó una sensación de incuria, que fue cre-

ciendo desde el acuerdo del mes de febrero de 2020, cuando el entonces presidente Donald Trump pactó con los talibanes retirar las tropas de Afganistán.

A las fuerzas terrestres afganas les preocupaba operar sin la protección de los efectivos aéreos y los servicios de inteligencia estadounidenses. Quedaba arruinada la sensación de seguridad que habían tenido con las fuerzas ocupantes durante dos décadas de cooperación.

En pocas semanas, gran parte de las unidades del ejército afgano, equipadas y entrenadas por Estados Unidos, se rindieron sin apenas resistencia, lo que permitió a los talibanes tomar Kabul en una ofensiva cuya velocidad dejó atónitos a Washington, a los aliados de la OTAN y al propio grupo islamista.

La desafortunada decisión táctica tendría sus consecuencias, ya que, a partir del acuerdo de salida, que no de paz, unido a la forma precipitada con la que se llevó a cabo la retirada, motivaron los males que siguieron. Evacuar el aeródromo de Bagram (situado a una hora de Kabul), que fue la principal base militar norteamericana en Afganistán, antes de evacuar a todo el mundo, supuso el principio de la retirada.

Una decisión indefendible

Aun cuando la herencia que recibió fue un regalo envenenado de sus predecesores, con tan sólo seis meses en la Casa Blanca no fue fácil para un presidente emotivo y curado de espanto (que se había enfrentado a calamidades peores en su vida) justificar una decisión indefendible, de la que no se disculpó, como fue ordenar la vuelta de las tropas a casa demasiado pronto cuando a los militares y a la seguridad les quedaban importantes tareas por cumplir en Afganistán.

Con lo sencillo que hubiera sido decir: nos iremos cuando estemos listos y nos llevaremos a todos los estadounidenses y a los afganos que quieran venir con nosotros. ¿Por qué se impuso como fecha límite el 31 de agosto?

Ahora precisa la ayuda de los talibanes para sacar a los que aún quedan. De ahí que su contraataque a las críticas que le lloven se centre en mostrar –de forma desafiante– su confianza en ese socorro, insólito e incómodo, aunque crucial y, en todo caso, apuesta arriesgada por la que podría pagar un alto precio político.

Los recalcitrantes conservadores, que aún no han digerido el cambio en la Casa Blanca, han expresado así sus sentimientos: “Por muy desgarradoras que sean las imágenes del aeropuerto de Kabul, la compasión por los refugiados afganos es un lujo que los estadounidenses simplemente no pueden permitirse”.

Ante el mundo, la política de Biden ha exteriorizado un país a la vez vacilante e impulsivo. Pero mientras el pensamiento mágico estadounidense insista en ser un “constructor de naciones” global, para justificar la pujante economía del complejo militar-industrial, tendremos un Afganistán para que cada generación ‘experimente’.

¿Las únicas dos opciones eran perpetuar una “guerra para siempre” o anticipar una atropellada “capitulación total”? Churchill tenía razón.